

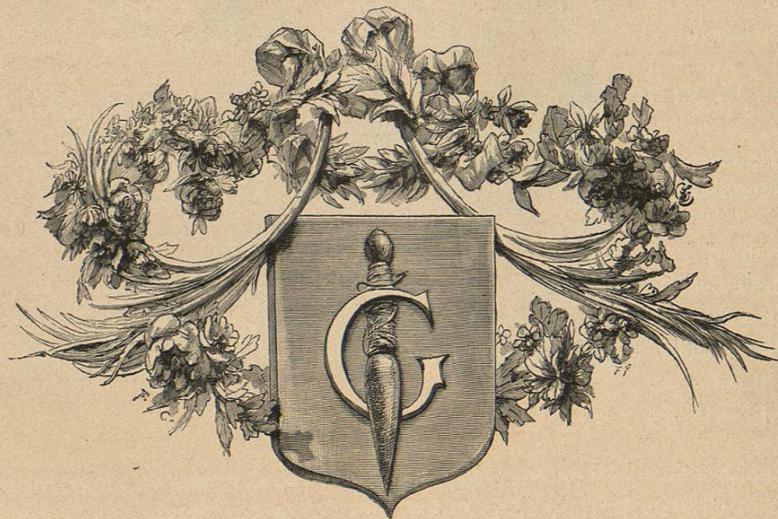
Pero estos cabos, ya libres, después de cortar los nudos, se alojan á su capricho. Si han de dibujar un ojo, los cabos blancos que forman la córnea, el cabo negro que forma la retina, los cabos azules del iris están poco más ó menos en su lugar, pero no entran absolutamente en el sentido de la forma. Entonces el hábil artista comienza su retoque á punta de tijera, obliga á todos estos cabos á tomar su exacto lugar cada uno, los reúne, los aleja ó los acerca, los lleva á la derecha ó á la izquierda, los modela, en una palabra, empleando en tan minuciosa y delicada labor largas horas, sin parar hasta haberse hecho dueño del dibujo. ¿Hay que decir más para hacer comprender la increíble lentitud de este arte?

Convengamos, pues, en que sería una lástima que semejantes obras de arte y de paciencia se destinaran á ser pisoteadas. Pero si después del ensayo que se va á intentar queda probado que no convienen las alfombras á la decoración de las paredes, ¿qué suerte les espera?

Desaparecer irremisiblemente. Y esto es lo que por desgracia dejan prever, como lo más seguro, las tendencias actuales.

Ahora bien, ¿no hubiera sido mejor mantener, como en otro tiempo, la fabricación de estos productos en los mismos límites de su destino, es decir dejar las alfombras al servicio de los pies, no ponerles un sello de perfección sólo para ofrecerlas á las injurias del calzado? ¿No hubiera valido esto más y aun otros sacrificios que traer el taller á morir de su misma perfección?

FERNANDO CALMETTES.



Los burreros de la calle del Cairo

LA CALLE DEL CAIRO

Uno de los grandes encantos de la Exposición es la facilidad con que se pasa de un país á otro. Las botas de siete leguas no harían viajar con más rapidez. En algunos pasos, la calle del Cairo nos trasporta á Egipto: allí estamos efectivamente. Y si se necesita algún esfuerzo de imaginación, no es ciertamente para persuadirnos de estar á orillas del Nilo, sino al contrario, para recordar que no hemos salido del Campo de Marte.

El éxito de esta exhibición ha sido inmediato y como fulgurante. Una vez desarmados los andamios, mucho antes de la inauguración, era ya popular. Ahora desde por la mañana hasta la noche está siempre lleno de curiosos. Y este éxito es un buen ejemplo, porque no es tan completo, sino por ser enteramente legítimo, y si arrastra á los artistas y á los simples mirones en una común admiración, consiste en la escrupulosa verdad con que se ha reconstituído esta calle egipcia.

Todo es en ella auténtico: las veinticinco casas que la constituyen reproducen exactamente tipos escogidos en el Cairo entre los más característicos. Las hay muy antiguas que recuerdan la época lejana de Tulun, los primeros tiempos de la ciudad; aquellos en que el saledizo del primer piso está incorrectamente puesto sobre las vigas de la planta baja, que á este efecto sobresalen de la pared. Y las hay también de las más recientes, en que las cabezas de vigas se han trasformado en modillones esculpidos y en cuyos adornos puede seguirse la trasformación del gusto árabe. Tímido y sobrio en el origen, viene á ser más variado, más rico y más audaz á medida que está más seguro de sí mismo.

El *mirador* es particular á la casa árabe: es una rejilla que cubre las ventanas y forma balcón sobre la calle. No está labrada en plena tabla como pudiera creerse á primera vista, sino compuesta de piecitas que se ajustan ingeniosamente unas con otras. La



La danza del vientre

calle del Cairo presenta una combinación única. M. Delort la había formado de larga fecha. Se ve que la capital de Egipto, como el mismo Egipto, se esfuerza de algunos años acá por entrar en el movimiento europeo. Se despoja de su carácter original para transformarse en una mala é indiferente copia. Sus viejos cuarteles están cortados por calles trazadas á cordel y en el emplazamiento de sus pintorescas casas se elevan feos edificios que se creerían tomados de nuestros arrabales por triviales y pesados, sin el mérito de ser más cómodos, porque la casa árabe es la más propia de un país donde es necesario huir del sol.

M. Delort ha salvado de estas destrucciones los *miradores* que encontró más bellos y los trasportó á París para la Exposición.

Puesto que hemos nombrado á M. Delort, no serán inútiles algunos detalles respectivos: Delort es el mago que ha evocado tan felizmente esa exquisita visión de Oriente. Este ilustre barón es el primer diputado de la nación francesa en el Cairo, donde vive hace veinticinco años. Adora el arte árabe y colecciona sus obras desde hace mucho tiempo. No es arquitecto, y si no temiera decir una malignidad gratuita, en concepto de algunos, diría que acaso esto haya valido más. Es muy difícil para un arquitecto hacer abstracción completa de su persona, cuando se le pide que sólo sea un traductor sincero, repro-

duciendo muestras de un arte extranjero. Siempre se siente tentado á sustituir las concepciones extrañas con las suyas propias, y como los traductores literarios, á corregir y embellecer, es decir á falsear lo que traduce. No es preciso buscar mucho en la Exposición para encontrar ejemplos de esta inclinación humana.

El barón Delort, después de haber costado de su propio bolsillo y con ayuda de algunos amigos los gastos necesarios para la exposición egipcia, no quiso confiar á nadie el cuidado de la instalación; y habiéndose impuesto por objetivo dar una idea del Cairo árabe, apartó los peligros de infidelidad dirigiendo la construcción por sí mismo. El joven arquitecto que lo asistiera, M. Quillet, sólo dirigió las obras, á las órdenes siempre del barón.

Así ha salido de la tierra, al lado del Palacio de Industrias varias, ese grupo de edificios, en que están resumidos, por decirlo así, el Oriente del Sol y el Oriente del Islam. Esos techos en saledizo, esos aleros y sobradillos dan la impresión de un país donde la sombra y el fresco son tan indispensables como el pan. Y esos *miradores* impenetrables á la mirada exterior explican la vida de las mujeres, cautivas aburridas á quienes ha sido preciso concederles alguna distracción y para quienes se han imaginado esas celosías, que les permiten mirar á la calle y ver sin ser vistas.

Tres puertas monumentales que dan entrada de la calle del Cairo al palacio de Industrias varias, y una pequeña loggia de dos arcos y un minarete, completan esta repro-

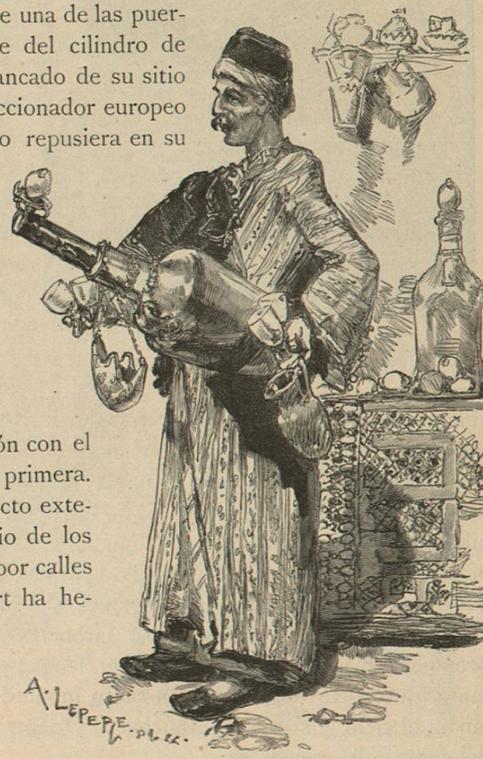
ducción con excelentes muestras de arquitectura religiosa, porque el todo se ha tomado de varias mezquitas de la ciudad.

Nótanse aquí algunos productos de la fecunda imaginación con que los artistas árabes han variado la forma de sus arcos. No se han cansado nunca de inventar, y puede decirse, que á pesar de la decadencia en que yacen hoy los musulmanes, inventan aun en este género. Y sus investigaciones de la novedad se producen siempre en este sentido, en el sentido de la ligereza. Parece que este pueblo de origen nómada y que permanece nómada en parte, acostumbrado al cielo y al espacio, tenga horror á toda construcción pesada, que abrumaría su cabeza. Ha adelgazado sus columnas para hacerse la ilusión de que están menos cargadas; juega con las curvas de sus ojivas para disimular el peso que soportan, y oculta el espesor de sus paredes y el armazón de sus techos con arabescos tan delicados y sutiles como bordados. Todo edificio árabe de buen estilo lleva así un sello de ligereza de sueño, y ningún otro arte ha llevado á tan alto grado de perfección las cualidades con que se obtienen esos efectos de ligereza, de gracia y de elegancia.

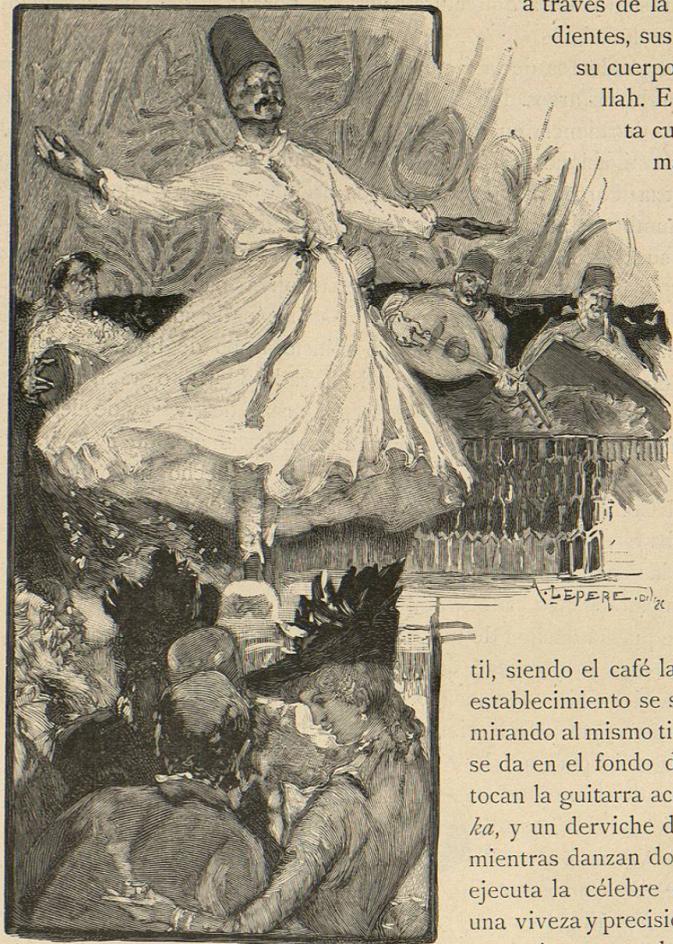
También se notan en estas construcciones admirables especímenes de esos arabescos que tomaron su nombre del pueblo mismo que de ellos ha hecho tan maravilloso uso. Se ha dicho que el Corán prohibía la reproducción de los seres animados (lo que no es exacto, como prueba el patio de los Leones de la Alhambra, por ejemplo) y que los árabes han recurrido á las combinaciones geométricas de líneas para su ornamentación. Lo cierto es que han mostrado una fantasía inimitable.

La inscripción árabe puesta encima de una de las puertas y que es un notable azulejo proviene del cilindro de cúpula de una mezquita del Cairo. Arrancado de su sitio por unos ladrones, comprado por un coleccionador europeo y ofrecido al gobierno egipcio para que lo repusiera en su lugar, continuó en manos de su comprador por la indolencia oriental. Es la desolación de los visitantes ver todos esos monumentos del Cairo, obras maestras de la más pura inspiración árabe, entregadas al pillaje y desaparecer más bien por culpa de los hombres que por la acción demoledora del tiempo.

Construida la calle del Cairo, era menester poblarla y se hizo esta operación con el mismo escrúpulo de verdad local que la primera. Lo más característico que hay en el aspecto exterior de la capital de Egipto es el servicio de los asnos, único medio de transporte posible por calles tan estrechas como tortuosas. M. Delort ha hecho traer cincuenta asnos blancos, limpios y vivarachos, de ancas historiadadas con dibujos raros hechos á tijera en el pelo; y con los cincuenta asnos otros tantos zagales de quince á diez y seis años, en traje del país, los cuales pasean



¡Fresco! ¡fresco!



El derviche dando vueltas

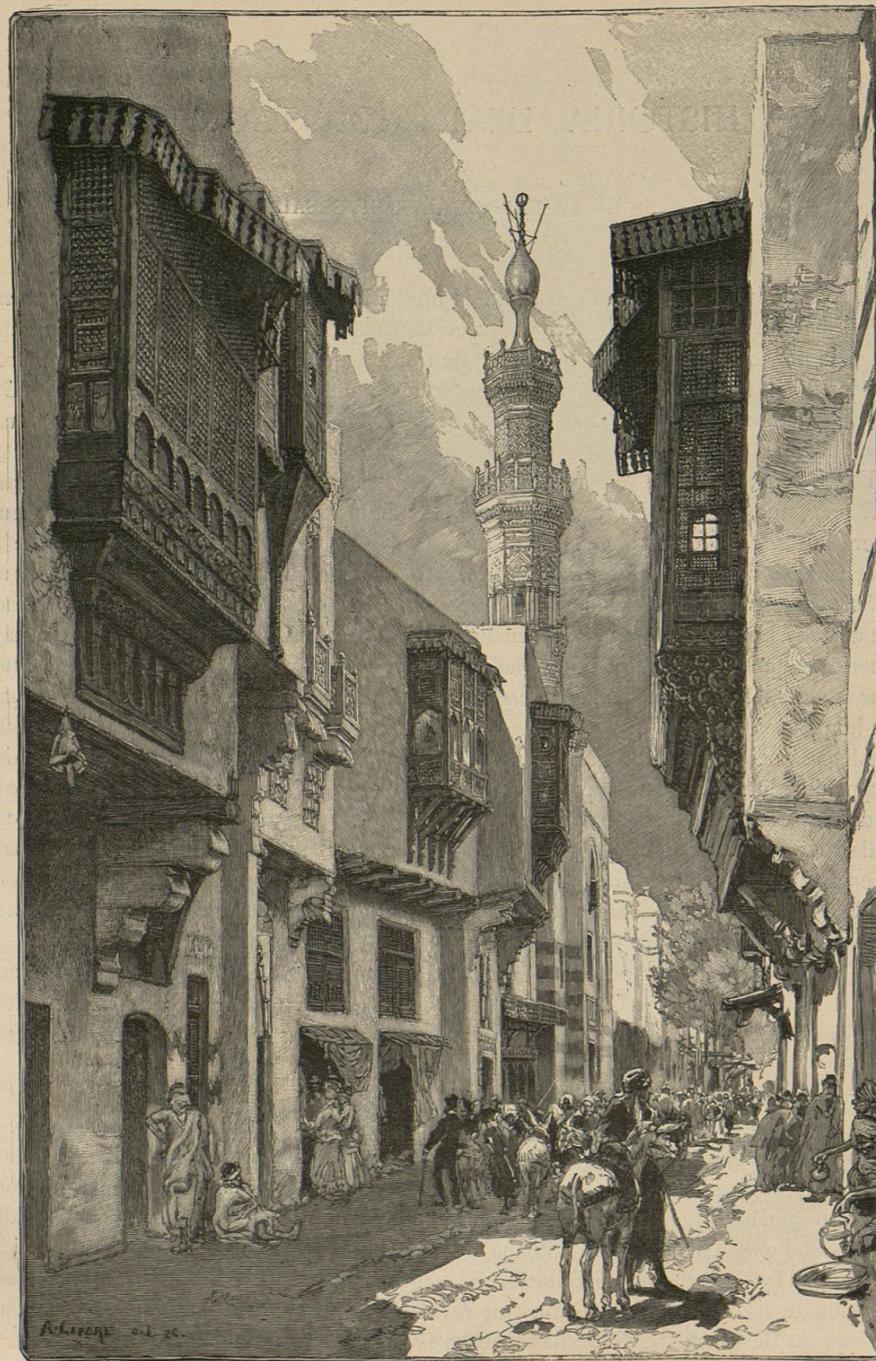
á través de la Exposición sus blancos dientes, sus ojos dulces y audaces y su cuerpo largo y delgado de fellah. Es una cuadrilla turbulenta cuyo gobierno ha dado ya más de un disgusto al empresario que los dirige.

Hay establecido un café árabe en una gran sala magníficamente entapizada; y se ha llevado el rigor de la exactitud hasta el extremo de emplear mozos que no saben una palabra de francés: todos son hijos de Egipto por línea recta. Bien es verdad que el conocimiento de nuestra lengua les es inútil, siendo el café la única bebida que en el establecimiento se sirve. Se toma este café mirando al mismo tiempo el espectáculo que se da en el fondo de la sala. Dos músicos tocan la guitarra acompañados de la *darbuka*, y un derviche da vueltas como un loco mientras danzan dos almeas. Una de éstas, ejecuta la célebre *danza del vientre*, con una viveza y precisión de movimientos y tal maestría que arrebató á los aficionados á este extraño ejercicio. Esta bailarina viene ahora de Esneh, el país de las almeas, la

ciudad en que Plambert encontró aquella Ruchuk-Hanem, de quien conservó siempre una impresión tan profunda.

Todas las casas han sido transformadas naturalmente en tiendas alquiladas á judíos, sirios y musulmanes mezclados como en todos los bazares del Mediterráneo. De día se mira adentro bajando la cabeza como exigen las chatas puertas; pero no sé si de noche ofrece la calle otras impresiones. Lamparillas de Edison simulan el farol encendido por encima de las puertas, la música guitarresca sigue en el café, luces inciertas alumbran á medias á hombres envueltos en su *tarbuch* y acurrucados en el fondo de las tiendas, se oyen conversaciones en voz baja y en lengua gutural en que se escupen las vocales, un cantor que no se ve ganguea un canto monótono, las cúspides y los minaretes se dibujan en el cielo, y si se tiene afición al Oriente y se ha visitado ya, brotan naturalmente del corazón los recuerdos.

P. BOURDE.



La calle del Cairo